

RAPAZ. Cultura de paz y protesta de cambio a través del rap en Colombia

RAPAZ. Culture of peace and protest for change through rap in Colombia

Francisco Javier Lozano Martínez^a

Resumen: El presente artículo explora, a partir de la reflexión teórica sobre la cultura de paz, la historia, el arte y la música cómo expresión simbólica de la paz y la memoria que, representadas en un grupo de jóvenes que han desarrollado un proceso de creación colectiva alrededor del rap y el teatro, se puede identificar una experiencia viva sobre la construcción de paz y la memoria en la era del posconflicto. El análisis se centra en los registros videográficos del documental "Rapaz", una obra de teatro-rap que rinde homenaje a las víctimas del conflicto, a la no repetición de la violencia y la cultura de paz en Colombia, dejando un claro mensaje de resistencia y memoria para las nuevas generaciones.

Palabras clave: rap, cultura de paz, reconciliación, memoria, protesta

Abstract: *The present article explores, through theoretical reflection on the culture of peace, history, art, and music as symbolic expressions of peace and memory, how a group of young people engaged in a collective creation process around rap and theater embodies a living experience of peacebuilding and memory in the post-conflict era. The analysis focuses on video records from the documentary Rapaz, a theater-rap production that pays tribute*

a. <https://orcid.org/0000-0003-0456-3807>

Universidad de Guadalajara

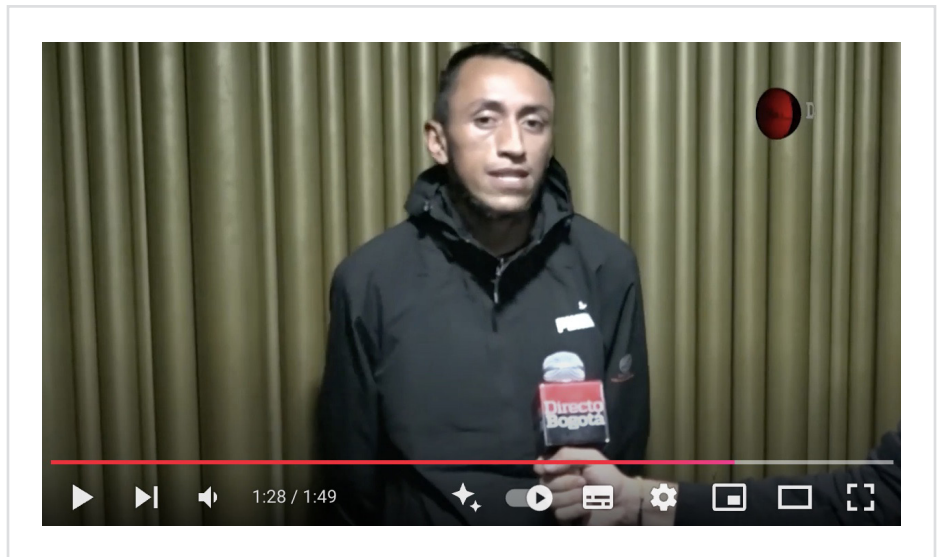
to conflict victims, the non-repetition of violence, and the culture of peace in Colombia, delivering a clear message of resistance and memory for future generations.

Keywords: rap, culture of peace, reconciliation, memory, protest

Introducción

La construcción de una cultura de paz en Colombia ha sido un proceso lento y desafiante, especialmente tras décadas de conflicto armado que han dejado profundas huellas en la sociedad. En este contexto, el arte ha emergido como una poderosa herramienta

para la expresión de resistencia, memoria y reconciliación. Este artículo examina cómo el rap y el teatro, a través del proyecto RAPAZ, se convierten en un medio crucial para visibilizar y confrontar las experiencias de violencia y exclusión, mientras promueven la construcción de un futuro en paz. RAPAZ, una obra de teatro-rap creada por jóvenes colombianos, es más que una manifestación artística: es un acto de memoria activa, una reivindicación de justicia y una apuesta por la reconciliación en una nación que todavía enfrenta las secuelas del conflicto.



Enlace del video:

<https://www.youtube.com/watch?v=5yboCsbzmgw>

Inspirado en teorías sobre la cultura de paz, memoria y arte como vehículo de cambio social, este artículo analiza los registros videográficos del documental RAPAZ, en los cuales se captura el proceso de creación colectiva que involucra el rap y el teatro como expresiones simbólicas de la paz y la memoria. Este enfoque permite observar cómo el arte popular y las expresiones juveniles se convierten en plataformas para explorar temas como el dolor, la resistencia y la transformación, ofreciendo a las víctimas y a las nuevas generaciones un espacio donde procesar y expresar sus historias. Teóricos como Johan Galtung y Elise Boulding han explorado cómo el arte y la creatividad pueden desempeñar un papel fundamental en la construcción de paz, al abrir canales de comunicación y permitir la expresión de vivencias difíciles. Galtung, en particular, aborda el concepto de “paz positiva” como la erradicación de las violencias estructurales y culturales, y reconoce el arte como una herramienta poderosa para desafiar estas violencias y construir sociedades más justas y equitativas. Boulding, por su parte, destaca el rol de la “imaginación profética” en la creación de futuros alternativos que inspiren la paz, permitiendo a las personas imaginar un mundo diferente y lleno de posibilidades.

A nivel local, autores como María Teresa Uribe de Hincapié han investigado cómo el arte popular en Colombia ha ayudado a sanar el tejido social y a preservar la memoria colectiva en tiempos de conflicto. En sus estudios sobre violencia y memoria en Colombia, Uribe de Hincapié señala que los actos artísticos, tales como los testimonios en murales, narraciones y representaciones teatrales, permiten a las comunidades afectadas expresar y transmitir su experiencia traumática, lo que fortalece el proceso de sanación y empoderamiento colectivo. Esta idea encuentra eco en RAPAZ, donde los jóvenes participantes, muchos de ellos con experiencias de desplazamiento y marginación, encuentran en el rap y el teatro una vía para transformar el dolor en un mensaje de esperanza y resistencia.

El proyecto RAPAZ destaca no solo por su carácter artístico, sino también por su impacto social. Al reunir a jóvenes de diversas procedencias y permitirles expresar su identidad, sus frustraciones y sus sueños, el documental visibiliza una realidad que suele quedar al margen en los medios tradicionales. En este sentido, RAPAZ es un ejemplo vivo de la teoría de Jesús Martín-Barbero, quien plantea que los medios de comunicación y

el arte no son simplemente canales de entretenimiento, sino plataformas de expresión y construcción de identidad cultural. Para Martín-Barbero, el arte popular y los medios tienen un carácter democratizador que da voz a aquellos que suelen estar excluidos de las narrativas oficiales, y son esenciales en la creación de una memoria colectiva.

Este artículo se propone analizar cómo RAPAZ articula estas perspectivas teóricas en una experiencia tangible de construcción de paz y resistencia cultural en Colombia. A través de la lírica del rap y la performatividad del teatro, los jóvenes participantes no solo desafían las injusticias y la exclusión social, sino que también contribuyen a preservar la memoria de un conflicto que no debe ser olvidado. Así, RAPAZ se convierte en un espacio de diálogo intergeneracional y de visibilización de las historias silenciadas, afirmando que el camino hacia la paz pasa por reconocer el pasado y construir, en conjunto, nuevas formas de convivencia.

Este tipo de proyectos artísticos demuestran el poder transformador del arte en sociedades que han vivido el conflicto y la opresión. Al inspirar a las nuevas generaciones a participar en la construcción de un país más justo y reconciliado, RAPAZ y obras similares muestran que el arte no solo es una forma de expresión personal, sino un acto político y social de resistencia. Estas manifestaciones ayudan a mantener viva la memoria histórica, proporcionando un espacio donde las víctimas pueden compartir su dolor, y las nuevas generaciones, encontrar un propósito en la construcción de un país en paz.

1. Algunos datos generales sobre la violencia en Colombia

Desde la década de 1960 Colombia vivió uno de los conflictos armados más prolongados y violentos de la historia reciente de la humanidad. Como producto de la violencia generada en este conflicto entre el Estado Colombiano, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN), se estima que más de 9 millones de personas fueron víctimas directas de desapariciones forzadas, desplazamientos, muertes y múltiples violaciones a los Derechos Humanos. Según la Comisión de la Verdad, las cifras que se tienen en registro ascienden a más de 26,000 muertos; más de 80,000 desaparecidos; 7 millones de personas desplazadas dentro y

fuera del país; más de 11,000 personas afectadas por las minas antipersonal; y más de 50,000 casos documentados de violencia sexual, entre otras formas de violaciones a los DDHH (Colombia. Comisión de la Verdad, 2022, Tomo 2).

El informe final de la Comisión de la Verdad permitió el esclarecimiento de los hechos, la determinación de los responsables, las múltiples formas de violencia y violaciones a los DDHH, así como el impacto en las víctimas no sólo en términos de pérdidas materiales o físicas, sino en la destrucción emocional, psicológica y social de las personas afectadas directa o indirectamente por la violencia. Esto último cobra mayor relevancia hoy en día sobre el periodo posconflicto, y es crucial para seguir comprendiendo las secuelas inmensurables de la violencia generada durante y después del conflicto armado interno.

Particularmente el Tomo 5 del informe de la Comisión de la Verdad, titulado “Sufrir la guerra y rehacer la vida: impactos, afrontamientos y resistencias” hace énfasis en cómo las víctimas directas e indirectas del conflicto han ido desarrollado estrategias de contrarresto y formas de resistencias para hacer frente a las consecuencias de la violencia. La idea de “rehacer la vida” es de suma importancia para la reconciliación y el establecimiento de una nueva cultura de la paz en Colombia, mientras que las personas están trabajando por rehacer sus vidas a través de diversas expresiones y nuevas experiencias: la organización comunitaria, la escolarización, la reinserción a la vida cotidiana y el trabajo, la reconstrucción del tejido social, la preservación de la memoria y la reivindicación de los derechos (Comisión de la Verdad, 2022, Tomo 5).

Hoy en día, las víctimas del conflicto en Colombia enfrentan no solo pérdidas físicas o materiales, sino también una devastación emocional y psicológica que deja heridas profundas en la vida y en las comunidades. El conflicto no solo afectó a quienes estuvieron directamente involucrados en los enfrentamientos, sino que también destruyó el tejido social de pueblos enteros, alterando los modos de vida, rompiendo vínculos familiares y colectivos, y dejando a muchos en condiciones de aislamiento y marginación. Al ver de cerca los efectos de la guerra en sus vidas, la Comisión de la Verdad en este tomo documenta un testimonio sobre cómo la violencia deshumaniza a las personas y desarraiga comunidades.

Así, se documenta cómo el conflicto obligó a millones a desplazarse forzosamente, abandonando sus hogares y tierras. Este desplazamiento forzado no sólo despojó a las personas de sus posesiones materiales, sino que despojó también su sentido de pertenencia y estabilidad, que son fundamentales para el bienestar y que es difícil recuperar en un contexto de posconflicto. A nivel emocional, el dolor y el trauma de estos eventos se vuelven transgeneracionales, afectando a las familias en las décadas siguientes y en entornos ampliados, es decir, que no se limita solo a quienes vivieron el conflicto de manera viva, sino a las siguientes generaciones en el tiempo del posconflicto. El tomo examina cómo estas experiencias afectan a las víctimas, creando una sombra duradera en la vida de quienes han sobrevivido al conflicto. (Comisión de la Verdad, 2022, Tomo 5).

El papel de la memoria y la resignificación del tiempo histórico de la violencia es un tema central como herramienta para la sanación colectiva y la prevención de la repetición de la violencia. Desde esta perspectiva, la recuperación de la memoria permite que las víctimas y las nuevas generaciones (representadas hoy en la juventud colombiana) sean reconocidas en su sufrimiento y dignidad, lo cual contribuye a la reconciliación en Colombia.

2. Reflexiones teóricas sobre el arte y la música como expresión simbólica de la paz y la memoria

Johan Galtung es un teórico reconocido como pionero y referente global sobre el estudio de la paz y el conflicto. En su obra *Peace by peaceful means* (1996) aborda diversos conceptos clave para entender cómo las expresiones simbólicas, como el arte y la música pueden contribuir a la cultura de paz. Su teoría sobre la paz positiva y la paz negativa establece una sólida base reflexiva para comprender las dinámicas de paz y violencia en el contexto de las diversas sociedades que la han experimentado, y cómo en arte en particular puede tener un papel transformador en estos contextos de violencia o postconflicto.

Hay una clara distinción entre la paz negativa y la positiva según Galtung. La paz

negativa se refiere a la mera ausencia de violencia directa, en tanto que la paz positiva implica un esfuerzo por erradicar las violencias estructurales y culturales que acompañan la experiencia social. En este sentido, la paz positiva está asociada con la construcción de nuevas estructuras sociales más justas que sean capaces de prevenir la violencia, asociada a nuevas generaciones que tienen una conciencia plena del valor de la paz y la sociedad saludable.

Desde esta perspectiva, Galtung resalta que las expresiones artísticas y culturales pueden desempeñar un rol activo en la construcción de paz positiva pues éstas pueden visibilizar y cuestionar las violencias estructurales como la pobreza, la marginación y la exclusión, generando canales de comunicación para la reflexión y el entendimiento social frente a estas cuestiones. (Galtung, 1996).

En torno a su idea de paz cultural, Galtung sugiere que el arte, y en particular la música, pueden ser vías para la reconciliación y el diálogo intercultural. Pues ésta implica promover una convivencia social basada en el respeto, la apreciación por la diversidad y el arte. Desde esta óptica, el espacio donde se desarrolla el arte es justo un lugar donde las personas pueden expresar sus aspiraciones, experiencias y resistencias frente a la violencia o la injusticia; y esto crea canales de comunicación y entendimiento entre diferentes grupos que, a través de sus expresiones simbólicas, evocan emociones y experiencias compartidas que contribuyen a la idea de crear una identidad colectiva, la cual se considera esencial para una paz duradera. (Galtung, 1996).

En un espectro más amplio, Galtung consideró que el arte es potencial para la transformación social, pues las representaciones artísticas como la música pueden generar conciencia, resistencia y movilización enfocadas a la justicia social, la memoria, la protesta, la promoción para el cambio social, el cambio de mentalidad y la acción. Todas estas combinaciones son vistas como “catalizadores” para el cambio estructural. Así, la música es vista no solo como una expresión de la realidad cantada o musicalizada, sino un agente activo que puede “moldear actitudes, incitar a la acción y dar voz a aquellos que, en contextos de violencia y opresión han sido silenciados de diversas formas”. Entonces, Galtung sostiene que el arte puede contribuir a la paz positiva al ser un medio para cuestionar y subvertir las violencias subyacentes, y al promover una

cultura de paz en la que las personas, o las juventudes en este caso particular, se sientan comprometidos con la construcción de una sociedad más justa, menos violenta y más solidaria. (Galtung, 1996).

Hay una conexión directa entre los planteamientos de Galtung y otros estudios que relacionan el arte, la música y las expresiones derivadas de éstas para potenciar procesos de memoria histórica y la cultura de la paz.

Elise Boulding (2000) también realizó un cruce interpretativo entre los estudios de paz y la expresión de la cultura, al explorar cómo la imaginación y la creatividad son esenciales para construir una cultura de paz, pues considera que la educación y las artes son medios para facilitar la paz en sociedades en conflicto o postconflicto. Las artes, por ejemplo, son consideradas como una herramienta para transformar actitudes y estructuras que son generadas en contextos de violencia. Para Boulding, en coincidencia con Galtung, la paz no puede ser vista solo como la ausencia del conflicto, sino como una cultura en sí misma, que necesita ser cultivada en el seno de la sociedad a través de prácticas sociales, educativas y artísticas intencionalmente encaminadas a promover la convivencia, la solidaridad, la paz o la justicia. (Boulding, 2000)

La “imaginación profética” es una de las categorías que Boulding rescata para describir que existe una capacidad de visualizar futuros alternativos y deseables en torno a la construcción de la paz, pues el cambio social no es posible sin antes imaginar un mundo distinto al presente o al pasado. Indica que esta capacidad para “soñar y visualizar” una realidad libre de violencia es un primer paso fundamental hacia la paz. Considera que a través del ejercicio de la imaginación a través de las historias (incluso aquellas visualizadas en líricas musicales, podríamos decir) las personas pueden aprender a ver más allá de los conflictos y explorar, desear o buscar soluciones creativas y no violentas. Así, la imaginación profética es una competencia que se puede promover en la educación para la paz, la cual se puede potenciar a través de las artes o la música como un “vehículo poderoso” (Boulding, 2000), pues las artes son capaces de capturar o comunicar las experiencias colectivas de sufrimiento y resistencia, mientras se transmite el valor de la paz y la reconciliación.

Finalmente, Boulding pudo observar que en muchos contextos de conflicto las artes

como la música no solo funcionan como “válvulas de escape emocional”, sino que también tienen el potencial de preservar la historia y los recuerdos colectivos de una sociedad. Esta memoria que se rescata en la cultura y la música, ayuda a reivindicar los hechos del pasado para su no repetición, en tanto que fomenta la identificación de nuevos valores y aspiraciones compartidas por, incluso, una nueva generación. Así, la paz es vista y experimentada como un proceso dinámico, intencional y creativo, más que un estado fijo sin conflicto; y esto requiere una participación activa y/o colectiva de la sociedad y su propia construcción, donde se valora la diversidad, la colaboración y la resistencia compartida. (Boulding, 2000)

Paul Ricoeur es otro de los teóricos que aborda desde otra óptica el rol de la memoria en la construcción de identidades individuales y colectivas. Su lectura es mucho más filosófica y epistemológica cuando se habla de memoria y tiempo, pero podríamos identificar que concuerda con Boulding en el sentido de que las artes pueden preservar la historia y los recuerdos colectivos, en tanto que Ricoeur reconoce y añade que la memoria cultural tiene el potencial de procesar traumas históricos.

En su obra clásica *La memoria, la historia y el olvido* (Ricoeur, 2000) reflexiona sobre cómo la memoria no es solo un acto de recuerdo, sino de olvido, y desde su perspectiva ambos son fundamentales para la construcción de la identidad tanto individual como colectiva. La memoria es así un fenómeno complejo pero necesario para darle sentido de pertenencia y continuidad temporal que, a su vez, forma las identidades colectivas más allá del individuo, pues “se trataría de relevar la fenomenología del recuerdo, el acto de su conservación y rememoración, en vez de la psicología, la emotividad o biografía del evocador” (Garrido, 2005, p. 205).

En este sentido, la rememoración vista desde la perspectiva de las artes y otros medios simbólicos, se convierte en vehículo de memoria colectiva que permite a las sociedades procesar y representar experiencias traumáticas, pues estas representaciones artísticas como la música por ejemplo, facilitan el duelo y ayudan a las comunidades a resignificar eventos históricos complejos y difíciles de asimilar. Ricoeur explora la idea del “deber de memoria” y su relación con el trauma y el perdón. Según él, “el arte puede ofrecer un espacio donde la memoria de los acontecimientos difíciles se puede transmitir y

confrontar de forma simbólica, contribuyendo así a la reconciliación y el entendimiento intergeneracional” (Ricoeur, 2000, p. 507), aunque este es catalogado como un “perdón difícil” en sí, al ser un proceso histórico complejo.

No obstante, en el “deber de memoria” se considera que el arte puede permitir un diálogo sobre el pasado que facilita la reconciliación y la comprensión entre las propias generaciones que prosiguen y comprenden al pasado como historia dolorosa. Ricoeur introduce en su misma obra el concepto de “distancia crítica” al analizar eventos pasados a través del arte y la propia historia. Desde esta perspectiva, la distancia permite a las personas y comunidades poder observar sus propias historias desde un punto de vista crítico, ayudando a cuestionar y reinterpretar los significados transmitidos a lo largo del tiempo. (Boulding, 2000)

Las reflexiones en torno a la historia, la representación de la memoria a partir de las artes, la resistencia y la resignificación simbólica en contextos de conflicto, también tienen un aporte significativo desde la perspectiva latinoamericana. Que para efectos del posterior análisis sobre RAPAZ, bien vale la pena recordar y conjugar las ideas del aporte teórico latinoamericano a la cuestión.

El clásico, y muy reconocido aporte de Nestor García Canclini en *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad* (1995) contiene reflexiones y perspectivas epistemológicas acordes a lo tratado hasta ahora. García Canclini aporta el concepto de “hibridación cultural” para explicar, desde una perspectiva general que se incluye también en lo particular, cómo las culturas en América Latina combinan elementos de modernidad y tradición en formas que desafían las nociones occidentales de identidad y cultura. Aquí, se plantea el papel del arte, la música, la cultura popular y las diversas expresiones urbanas como formas de resistencia cultural y preservación de la memoria histórica en entornos de globalización y desigualdad social.

Para Canclini, la propuesta del arte y la cultura se convierten en espacios donde se entrecruzan memorias colectivas y personales, las cuales permiten que los grupos en contextos de conflicto puedan recordar, o interpretar, o transmitir sus experiencias de manera simbólica. Desde este enfoque, la “hibridación” del arte y la cultura popular no sólo da lugar a una identidad dinámica, sino también a una plataforma que facilita la

construcción de paz y la reconciliación, pues se pueden reunir en el espacio colectivo diferentes influencias culturales y perspectivas de la historia. Así, el arte en su forma híbrida permite el diálogo entre distintas memorias e identidades en conflicto que permite comprender de manera más amplia la historia compartida, mientras se despliega la cohesión social en estas sociedades que están marcadas por la desigualdad y la violencia.

Más reciente que los aportes de García Canclini, se encuentran los de María Teresa Uribe de Hincapié (2004) que desde la propia realidad colombiana analiza en el propio contexto de violencia, los efectos de ésta en el tejido social y la memoria colectiva de las propias comunidades afectadas. Explora en *Violencia y memoria en Colombia: Esbozo de una historia reciente* (2004) cómo en medio del conflicto armado colombiano las comunidades han ido encontrando en el arte y los testimonios populares, una manera de documentar y transmitir experiencias de violencia resignificadas en relatos, historias, representaciones artísticas, etc., permitiendo así el despliegue de una construcción intencionada de paz.

Uribe de Hincapié sostiene que los diversos actos que evocan la memoria, como la pinta de murales, la creación de esculturas, narraciones, canciones o rituales que observó en sus propios estudios en comunidades rurales y urbanas de Colombia, que no solo son un medio para recordar a las víctimas y sus historias, sino que hay una trascendencia a expresiones que evidencian los deseos de paz, reconciliación y justicia. Para ella, estos elementos artísticos y de cultura funcionan como mecanismos de reconstrucción social, sanación y empoderamiento en contextos de violencia o post violencia, pues permite que las personas, los colectivos, las organizaciones, los grupos urbanos o comunidades transformen el dolor en memoria activa, buscando comprender el pasado para promover la paz y la reconciliación en el presente. Es por ello que, desde esta perspectiva, se destaca el poder de la memoria como un acto de resistencia contra el olvido y la indiferencia sobre el pasado y la historia.

Finalmente, desde este aporte latinoamericano, también se encuentran los postulados de Jesús Martín-Barbero, quien examina el papel de los medios y el arte en la construcción de identidad y memoria colectiva. Martín-Barbero (2002) señala que los medios de

comunicación y las expresiones artísticas no son solo canales de entretenimiento o información codificada, sino son plataformas que configuran el imaginario colectivo y la memoria cultural, particularmente en sociedades marcadas por el conflicto y la desigualdad.

Argumenta que el arte permite a las comunidades y diversos grupos sociales articular elementos de su identidad y sus experiencias, lo cual se convierte en una expresión de lo que llama “las memorias compartidas”, pues a través de la cultura popular que tiene diversas formas de expresión los grupos en contexto de conflicto o violencia encuentran un “lenguaje común” que les permite narrar su historia, denunciar injusticias y celebrar su identidad cultural (Martín-Barbero, 2002). Puntualiza que el acto de recordar a partir del arte y sus distintas expresiones tiene un carácter colectivo y democratizador, pues da voz a quienes de otro modo podrían quedar “al margen de la historia oficial”. Es una forma legítima de hacerse presentes en la memoria y la historia. Esta reconstrucción simbólica del pasado permite visibilizar el sufrimiento mientras se promueve la colectividad, la puesta en común y el entendimiento colectivo que son necesarios para la construcción de la cultura de paz.

A partir de estas reflexiones teóricas es que se plantea, entonces, la puesta para comprender cómo lo anterior tiene una representación empírica en la experiencia de Rapaz, el colectivo artístico colombiano que ha desplegado diversas expresiones de arte (particularmente a través del teatro y el rap) para resistir a las injusticias y protestar contra la violencia; al mismo tiempo que han buscado representar la memoria histórica a partir de la puesta artística y la construcción de una cultura de paz contemporánea.

3. Rapaz: la cultura de paz a través del rap y la representación teatral

“La violencia ha marcado nuestras vidas, pero también nos ha enseñado la necesidad de transformar nuestro dolor en acciones de cambio”

Esta es una expresión que contiene diversos elementos para comprender las implicaciones de la resignificación de la vida, después de un periodo histórico tan

extenso marcado por la violencia. ¿De qué manera la violencia intensa marca la vida? ¿Qué implicaciones tiene transformar el dolor? ¿Qué acciones de cambio son necesarias para cumplir el propósito?

La Comisión de la Verdad en Colombia registró una multiplicidad de historias que ejemplifican el proceso de reconstrucción individual y colectiva posterior al tiempo de violencia, considerando que el proceso implica distintos elementos para la recuperación emocional y mental, al mismo tiempo que requiere de aspectos de índole social y comunitaria. Estas acciones de cambio han mostrado una resistencia palpable mediante la organización comunitaria, la reconstrucción del tejido social y la búsqueda de justicia y reparación. Uno de los aspectos que resaltan es la “resiliencia de las víctimas del conflicto”, que se manifiesta en la capacidad de las personas de adaptarse y reconstruir la vida a pesar de las secuelas de la guerra interna (Comisión de la Verdad, 2022, Tomo 5).

Mucho se ha estudiado que en contextos de profunda violencia, la resiliencia no solo implica superar el trauma, sino también transformar el dolor en una herramienta de cambio (Cyrułnik, 2017). Elementos como la solidaridad y la cooperación entre miembros de comunidades o colectivos de personas afectadas han sido factores fundamentales en el proceso de resiliencia, permitiendo que las personas reconstruyan sus vidas y sus entornos. Si bien se reconoce los esfuerzos que se han logrado en términos de resiliencia, lo cierto es que también hay un reconocimiento para la reparación integral de las víctimas. Es decir, requieren un reconocimiento simbólico que valide su sufrimiento y resistencia, pues si bien es importante las reparaciones materiales, también el reconocimiento de los derechos y la garantía de no repetición se vuelven fundamentales en este proceso de sanación. Y en tanto esto va sucediendo, las nuevas generaciones encuentran recursos para procesar la historia violenta en Colombia, a través de la organización colectiva, la expresión artística y la resistencia.

La cita inicial corresponde a uno de los integrantes de “Rapaz”, el colectivo artístico juvenil en Colombia del Centro de Memoria, Paz y Reconciliación de la Alta Consejería de Paz, Víctimas y Reconciliación, que tiene como propósito el “visibilizar acciones en torno a la defensa de los derechos humanos, la memoria, la paz y la reconciliación” en

el periodo posconflicto en el país sudamericano (Alta Consejería de Paz, Víctimas y Reconciliación, 2023).

Rapaz para la memoria es una producción artística en donde el rap y el teatro se unen para expresar temas relacionados con la memoria, la paz y la resistencia social. Se ha presentado como un esfuerzo colaborativo de jóvenes artistas (raperos, raperas, actores) y miembros de la comunidad en Bogotá, exploran su identidad, sus experiencias en el conflicto y la violencia, así como su deseo de cambio a través de la música, el teatro y la poesía. Y justo se realiza en un centro de memoria, donde los artistas de diferentes disciplinas exploran los temas de paz y justicia social, superando simplemente el aspecto técnico del rap y el hip-hop.

“Enfrentamos décadas de conflicto armado, y cada herida es un recordatorio de la urgencia de construir un país distinto.”

Los diálogos de Rapaz abarcan temas de desplazamiento, marginación, precariedad laboral, opresión social y la resistencia a través del arte. Los artistas allí convocados expresan cómo el rap y el teatro sirven como formas de protesta y de comunicación de las experiencias de vida en estos entornos difíciles y complejos. “El Rapaz representa la lucha por dignificar nuestras voces, por dar espacio a quienes han sido silenciados por el conflicto.” expresa otro de los miembros de Rapaz, resaltando la relevancia que tiene para ellos utilizar el medio artístico para la expresión de estas voces.

Al mismo tiempo, muestran en el documental (como una vía de comunicación digital a través de plataformas digitales de divulgación como Youtube) la intención de comunicar a la población sus propias experiencias, pero como un medio de reconciliación y la construcción de paz. Textualmente, uno de los miembros de Rapaz expresa “Este documental busca abrir los ojos al poder de la reconciliación y cómo, a través del arte, se puede construir paz.” (Alta Consejería de Paz, Víctimas y Reconciliación, 2023). Así, se plantea el arte como un espacio para la memoria y la transformación, además de un medio para expresar la historia de violencia y lucha en el país, donde cada participante aporta su voz desde distintas identidades, ya sean territoriales, de género o por su propia experiencia con el conflicto.

De esta forma, Rapaz representa el hip-hop y el rap, así como el teatro, como formas de resistencia cultural, pues los géneros urbanos que utilizan para expresarse incluyen narrativas de vida de los participantes, convirtiéndose en espacios para el activismo y el empoderamiento. Los jóvenes identifican con claridad que el rap mismo surge de los barrios y desde siempre ha sido un medio para expresar realidades que las estructuras de poder tienden a ignorar. Uno de los aspectos notables de Rapaz es la reivindicación de la voz de las mujeres en el movimiento hip-hop, quienes tradicionalmente han sido invisibilizadas en esta cultura urbana, pues el espacio se ha desarrollado tradicionalmente masculino, rompiendo así también temas de exclusión y por consecuencia, lograr la inclusión como un medio que refleja una sociedad reconciliada con las diferencias de género.

“La reconciliación implica sanar las heridas del pasado y construir una nueva narrativa de convivencia”.

Rapaz enfatiza la función del arte como una “herramienta poderosa” para transmitir las experiencias y opresiones de los barrios y las comunidades, así como la resignificación de términos y estigmas impuestos por la sociedad. “La paz no es solo la ausencia de guerra, sino la construcción de condiciones para la justicia y la dignidad en las comunidades” indica un miembro de Rapaz. Eso puede observarse también en una de las líricas compartidas en la puesta de una de las canciones de Rapaz:

“Pues en busca de dinero, porque no hay plata, no hay trabajo, todo es plata. Entonces pues toco el bafle, y empezar a cambiar, subimos lo que nos faltaba, los ñeros del baflecito fue madre. ¿Qué vamos a hacer con tanto dinero en Bogotá? Alguien sabe ingeniero abreviación de la palabra compañero y es diferente ser ñero. Hacer un camino mal educado, la ropa hace la educación, soy uno hay gente que piensa que sí pilas pilas que aquí todos somos pueblo”

Y continúa recitando,

“Colombia me gustaría verte libre libre de corrupción, demanda `estarios inservibles´ quiero verte libre mi Colombia querida, tantos años de guerra te han causado mil heridas. Libre del que te roba, libre del que te maltrata, libre de políticos que buscan, solo doy plata de minas quiebras patas y de armas para la guerra, libre de tanta sangre derramada aquí en tu tierra; libre de liberales, libre de conservadores de leyes y de impuestos que controlan poblaciones; libre de tanta hambre y quiere a gusto de poder, libre de la opresión y del maltrato a la mujer, libre de la envidia, libre de tanta arrogancia, libre justicia, libre de tanta matanza”

De esta forma, el proyecto se convierte en una plataforma de protesta, donde la música representa una forma de resistencia pacífica frente a la violencia y la injusticia, como un medio de expresión donde los otros pueden escuchar y reflexionar al respecto. El arte, señalan, puede ser un vehículo para recordar y resignificar eventos de gran relevancia social y política, donde el resto de la población puede reconocer una necesidad de repensar y replantear la realidad para transformarla para bien. Justo la resistencia cultural se conecta con el contexto histórico y social colombiano, haciendo énfasis en la exclusión y la marginación que han vivido las comunidades en Colombia, sobre todo, aquellas afectadas por el pasado de violencia.

“Resistir no sólo es sobrevivir, sino mantener viva la memoria de quienes ya no están y construir esperanza en cada paso.”

Rapaz apuesta a que la construcción y preservación de la memoria histórica se consolida con la expresión del arte, la puesta en escena, la canción de protesta que conecta con una generación que escucha y apropia el género con que se expresa. El rap llega a las juventudes y busca conectar con víctimas consecuentes del conflicto. De esta forma, Rapaz crea una memoria colectiva de sucesos que han marcado al país,

como los desplazamientos forzados, la violencia política, las nuevas manifestaciones de resistencia. El rap, como medio de difusión de estas expresiones no es solo una forma de resistencia, sino también de reconciliación pues, señalan, “La resistencia es un acto de amor y defensa de la cultura, un grito de que aquí estamos y seguiremos en pie.” Buscan demostrar con esto, que el rap conecta con los jóvenes de diferentes contextos y permite crear un espacio de entendimiento y de solidaridad consecuente.

Los artistas de Rapaz buscan crear mensajes de paz y amor, que a su vez, busca resistir contra la violencia física, la violencia cultural y estructural. La música y el teatro es una plataforma de expresión colectiva que ayuda a las personas a canalizar su amor y su rabia hacia la creación artística, puede conectar a los jóvenes con su contexto sociopolítico y les brinda herramientas para participar activamente en el cambio social. Esto demuestra que la influencia del teatro y el rap en la sensibilización de problemas sociales del pasado y del presente es posible, especialmente “en un país donde estos temas suelen estar ausentes en las discusiones formales”, potenciando así la comunicación a través de la expresión artística, pues sensibiliza y llega a un público que pudiera ser más abierto y receptivo a esta realidad “cantada” o “interpretada” en una representación teatral.

El rap, desde esta expresión comunitaria, se presenta como una narrativa colectiva que permite a sus exponentes a hablar desde sus propias identidades y experiencias que representan, se incorpora la vida cotidiana, la experiencia en los barrios y el contexto de violencia que los propios artistas han vivido, convirtiéndose, de alguna forma, en portavoces de aquellos que son marginados de diversas formas. Para ellos, el rap y la actuación son una extensión de las luchas de los barrios y representa una narrativa para educar y sensibilizar a la audiencia sobre la vida, la paz y el desafío de vivir en un país como Colombia en un periodo de post violencia.

La puesta musical y teatral de Rapaz en un escenario vivo, pero también como un documental que queda en el registro de la era de las redes sociales y el impacto audiovisual, juega un rol fundamental en la visibilización de las realidades complejas que atraviesa Colombia, pues al explorar contextos sociales complejos, donde aún existe la violencia estructural, evidencian la resistencia como un medio para generar conciencia

y fortalecer la memoria colectiva sobre el pasado. Rapaz presenta una imagen de las dinámicas de poder y la lucha cotidiana por la autonomía y la identidad en una sociedad marcada por el conflicto. Sin recurrir a un discurso narrado o a explicaciones detalladas, tanto la obra como el documental transmite el sentir de quienes viven en carne propia estas tensiones, acercando a quien observa la obra de Rapaz a realidades que muchas veces son invisibilizadas por medios tradicionales.

Rapaz puede ser leída como experiencia y sujeto de cambio a la luz de las reflexiones expuestas de García Canclini, Uribe de Hincapié y Martín-Barbero. Pues el arte se convierte en un espacio de resistencia cultural en escenarios donde el poder intenta homogeneizar o suprimir expresiones locales. Rapaz visibiliza las realidades de jóvenes que encuentran en estas manifestaciones una forma de narrar su experiencia y afirmar su identidad frente a sistemas que suelen invisibilizar o criminalizar las voces de jóvenes que expresan abiertamente sus resistencias. Estas expresiones no solo preservan la memoria y la identidad de comunidades o grupos en riesgo de exclusión, sino que se convierten en una especie de “campo de batalla” cultural, donde las narrativas oficiales son desafiadas y se reivindica la legitimidad de estas voces.

Se reafirma la idea de que el arte popular y los testimonios de las comunidades o los colectivos no solo actúan como vehículos de resistencia, sino como medios para la sanación colectiva. Rapaz representa, mediante la lírica y la teatralidad, el cómo las comunidades o grupos sociales afectados por la violencia pueden expresar sus traumas y vivencias que resultan difíciles de procesar individualmente. Visto desde allí, el hip-hop y el teatro no son solo entretenimiento o formas de autoexpresión, sino procesos incluso de catarsis y reconstrucción social. Al expresar experiencias de opresión y resistencia, los jóvenes de Rapaz contribuyen a una memoria colectiva que apuesta por la reconciliación, reafirmando que la paz se construye recordando y resignificando, no ignorando la realidad del presente y el pasado. La experiencia de Rapaz abre un canal de comunicación entre experiencias y generaciones, uniendo a quienes comparten esta historia y sensibilizando a quienes desconocen su contexto, esto es esencial para la construcción de identidades y memorias colectivas, que a su vez son vitales para cualquier proyecto de paz y reconciliación.

Así, Rapaz se convierte en un medio que demuestra el poder transformador del arte, en especial del rap y el teatro, que en Colombia han sido históricamente espacios de resistencia, memoria y reconciliación. A través del ritmo, la lírica y el movimiento, el hip-hop permite a los jóvenes narrar sus propias historias y construir una identidad en un país que lucha por sanar sus heridas del pasado reciente. De la misma forma, el teatro comunitario se ha convertido en un espacio para la expresión colectiva de la memoria, donde las historias de violencia y reconciliación pueden ser compartidas, confrontadas y resignificadas, promoviendo así un entendimiento intergeneracional que contribuye a la sanación del tejido social.

La relevancia de estos proyectos artísticos y documentales radica en la exposición de la memoria histórica, recordando que el pasado no puede ni debe ser olvidado si se desea construir un futuro en paz. Rapaz invita a las nuevas generaciones a ser protagonistas en la construcción de una sociedad más justa y pacífica. Así, Rapaz no es solo un testimonio de las luchas presentes, sino que inspira a los jóvenes a participar activamente en la transformación del país, creando una atmósfera donde es posible la reconciliación a través del arte y la memoria como herramientas de resistencia y esperanza.

Referencias

- Alta Consejería de Paz, Víctimas y Reconciliación. (2023, marzo 2). Rapaz el documental [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=M1X8vF1dIWc>
- Cyrulnik, B. (2017, 7 de febrero). Conferencia: "Resiliencia y arte, los relatos del trauma" Banrepcultural con Boris Cyrulnik [Video]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=6CC_g157QL0
- Boulding, E. (2000). *Cultures of Peace: The Hidden Side of History*. Syracuse University Press.
- Colombia. Comisión de la Verdad. (2022). *Hay futuro si hay verdad: Informe Final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición*. Tomo 2. Hallazgos y recomendaciones (Primera ed.). Comisión de la Verdad. https://www.comisiondelaverdad.co/sites/default/files/descargables/2022-08/FINAL%20CEV_HALLAZGOS_DIGITAL_2022.pdf

- Colombia. Comisión de la Verdad. (2022). *Hay futuro si hay verdad: Informe Final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición. Tomo 5. Sufrir la guerra y rehacer la vida: impactos, afrontamientos y resistencias* (Primera ed.). Comisión de la Verdad. <https://www.comisiondelaverdad.co/sites/default/files/descargables/2022-07/Informe%20final%20Sufrir%20la%20guerra%20impactos.pdf>
- Galtung, J. (1996). *Peace by Peaceful Means: Peace and Conflict, Development and Civilization*. SAGE Publications. <https://sk.sagepub.com/books/peace-by-peaceful-means>
- García Canclini, N. (1995). *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo.
- Garrido Lecca, J. H. (2005). Reseña de *La memoria, la historia, el olvido* (1ª ed. en español) de P. Ricoeur. *Persona*, (8), 205-210. Universidad de Lima. <https://www.redalyc.org/pdf/1471/147112816011.pdf>
- Martín-Barbero, J. (2002). *Oficio de cartógrafo: Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*. Fondo de Cultura Económica.
- Uribe de Hincapié, M. T. (2004). *Violencia y memoria en Colombia: Esbozo de una historia reciente*. Universidad de Antioquía.